

Mi abuelo llegó esquiando

Daniel Katz
Mi abuelo llegó
esquiando

Traducción del finés de Dulce Fernández Anguita
y José Antonio Ruiz

Primera edición, 2011

Título original: *Kun isoisä Suomeen bihti*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Libros del Asteroide y Werner Söderström Ltd. (WSOY)

Publicada por primera vez en finés por Werner Söderstrom Corporation en 1969, Helsinki, Finlandia

© de la traducción, Dulce Fernández Anguita y José Antonio Ruiz, 2011

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: Miguel Ángel Ibarz

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-41-5

Depósito legal: B. 20.365-2011

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Esta traducción ha contado con la ayuda del programa FILI-Finnish Literature Exchange.

FILI
FINNISH LITERATURE EXCHANGE

Índice

Primera parte

El dilema de Benno	13
La anábasis de Salman	33
Toque marcial de corneta	49
Fanfarria en memoria de Baruch Schtrugetz	65
Upal...	77
Heroico corneta	87

Segunda parte

Dientes	109
Y partieron de Libná	133
Qué pinto yo en Canaán	143
Petróleo	159

Tercera parte

El corneta garfio	175
Una celebración familiar	183
Casas	195
En el cementerio	203
Una gaviota reidora	219
La boda de Andrei	227

Los personajes de este libro nada tienen que ver con la realidad, pues en realidad tampoco han existido.

Primera parte

El dilema de Benno

Cuando mi abuelo Benno alcanzó los ciento cincuenta centímetros de estatura y su cabeza un tamaño considerable, estalló la guerra entre Rusia y Japón, quizá la más absurda de todas las guerras. Como suboficial del ejército del zar, le ordenaron que acabara con los pequeños, concienzudos y bravos japoneses. El ministro de guerra del zar Nicolás lo hizo llamar a su presencia y le dijo:

—Benno, nuestra amenazada madre patria le exige que acabe con esos japoneses diminutos y traicioneros.

Mi abuelo, riendo entre dientes, se dijo: «Es una guerra imperialista, y yo soy un hombre pequeño».

Aún era más pequeño cuando los cosacos llegaron a su aldea (¿Chlebsk? ¿Chlobsk?), al este de la ciudad de Polotsk, en la gobernación general de Vitebsk. Los cosacos llegaron a una aldea miserable, poblada por un par de centenares de judíos, pobres como ratas, que vivían de venderse trastos usados y vino pascual de contrabando los unos a los otros; a estos había que sumarles algunos miembros de la familia Rotschild que, por alguna extraña razón, se habían quedado en la aldea y en

las fiestas mayores se dedicaban a los juegos de azar y las obras de caridad, lo cual equivalía a mantener con vida, aunque hambrientos, a sus pobres parientes, como si les estuvieran haciendo la respiración artificial. Los niños de pecho debían acostumbrarse a comer pan negro y cebolla desde bien pequeños. A menudo gateaban entre las piernas de sus míseros progenitores, chupando trapos empapados en vino.

Casi la mitad de los habitantes de la aldea eran bielorrusos. Cultivaban las tierras del *pan** Wissotsky y se rascaban complacidos detrás de las orejas mientras escupían. Algunos pedían préstamos a los Rotschild para comprar pequeñas parcelas de cultivo a los *pan* polacos. Los judíos no podían poseer tierras. A veces los bielorrusos se contrariaban cuando no podían hacer frente a los préstamos de los Rotschild, que eran judíos ricos. Para consolarse, organizaban modestos pogromos en el transcurso de los cuales mataban a decenas de judíos pobres. En una ocasión, un grupo de jóvenes judíos formaron un cuerpo de defensa que partió a Palestina, donde los árabes sufrieron su sangrienta venganza por las atrocidades cometidas por los bielorrusos.

Cuando llegaron los cosacos, pues, los aldeanos trancaron las puertas y permanecieron en el interior de las casas con sus hijos. Los cosacos se llevaron a mi abuelo, que entonces tenía diez años, porque su madre había muerto y a su padre lo habían deportado a Siberia, y quien se hacía cargo de él, de mala manera, era una tía. Mi abuelo se había quedado jugando como un tonto en el camino que llevaba a la aldea. Los cosacos lo rodea-

* «Señor», en polaco en el original. (N. de los T.)

ron y se lo llevaron con ellos, no sin antes firmar un contrato con la tía, el hombre más anciano de la aldea y el rabino, y pagarle, no recuerdo a cuál de ellos, un puñado de rublos a modo de indemnización. En aquel mismo viaje se llevaron también a otros cuatro o cinco chavales judíos y a tres abuelos a los que encontraron jugando a los naipes en el cementerio. El zar necesitaba más soldados y no era cuestión de andarse con remilgos a la hora de elegirlos. Mi abuelo Benno era muy bajito para su edad, cosa que hizo dudar al teniente de los cosacos, pero la chiflada de su tía se apresuró a explicarle que era algo pasajero. De niño, el padre de Benno, contrabandista de profesión, también era extraordinariamente bajo, pero en la adolescencia, y sin que nadie reparase en ello, creció hasta quedarse a tres centímetros de los dos metros de estatura.

(Y la tía no mentía. Cuando el padre de mi abuelo regresó de su presidio en Siberia y vino a Helsinki, a casa de su hijo Benno, los habitantes de la ciudad se volvían para mirarlo al cruzarse con él por la calle y pensaban: «¡Qué judío tan alto y tan feo!». Tenía que agacharse para franquear la puerta de la casa en donde vivía con mi abuelo, y cuando estiró la pata, víctima de una fuerte impresión, en todo Helsinki no encontraron un ataúd lo bastante grande, así que hubo que encargarlo. Y corría prisa pues, al contrario que los cristianos, los judíos no malgastan una semana entera parando mientes en sus muertos, sino que prefieren enterrarlos al día siguiente. Quien se muere, muerto está. Ya volveré a hablar del padre de mi abuelo más adelante.)

Mi abuelo padeció lo suyo por culpa de su estatura, claro, sobre todo desde que lo asignaron a la academia

militar de la isla de Kronstadt, en el golfo de Finlandia. Allí había, llevados de todos los rincones de Rusia: huérfanos y medio huérfanos, hijos de presidiarios y granujas salidos de reformatorios, y también descendientes de los más bajos estratos de la nobleza que se habían extraviado en los bosques mientras recolectaban bayas.

A Benno lo embutieron en una barraca en la que ya había cuatro jóvenes tártaros (Ymär, Günes, Münir y Tahir), corpulentos y mansurroneos; cuatro musculosos muchachotes ucranianos de las inmediaciones de Kiev; un puñado de calmuco y tres ingrios muy rubios que se pasaban la mayor parte del tiempo sentados, mano sobre mano y con los dedos entrelazados. Por último, en el rincón norte de la barraca, se agazapaban dos chicos judíos caucasianos de Daguestán, huesudos y sombríos, tocados con casquetes de piel.

Los daguestaníes apenas hablaban unas palabras de ruso; nadie sabía cuál era su lengua materna. Anton Antonovich Deyatnikov, un catedrático de lenguas uraloaltaicas de la Universidad de San Petersburgo, se personó en el lugar para escuchar la jergonza, tras lo cual elaboró un estudio científico cuya conclusión era que esta contenía términos del osetio, aspectos modales del kabardino y numerosas variaciones fonéticas de la lengua tártara en dialecto de Astracán.

Los chicos judíos no aprenderían gran cosa de ruso, pero poseían una capacidad innata para el manejo de las armas. En sus manos un fusil se convertía en una extremidad más, un miembro orgánico que se separaba de sus espigados y angulosos cuerpos de manera armoniosa. Les encantaba disparar con cualquier tipo de arma; el ruido de los tiros era lo único que arrancaba

una sonrisa a sus sombríos rostros. Tras disparar tenían por costumbre entonar canciones de guerra cherquesas.

A mi pobre abuelo le crecían los enanos: en primer lugar, era el más bajo de todos; en segundo lugar, era judío; y en tercero, era el más bajo de todos los judíos, así que era el blanco de un sinfín de maltratos. Los calmuco cabalgaban sobre sus espaldas, los ucranianos lo crucificaban, los ingrios lo amenazaban con cuchillos y los tártaros le daban azotes en las posaderas. Incluso los daguestaníes le lanzaban miradas furibundas, mostrándole los dientes. Él pensaba, entristecido: «Qué desgraciado soy. Pero, en el fondo, es natural. ¿Debo poner la otra mejilla? No saben lo que hacen».

A veces se lo tomaba como un juego, ya que era de carácter optimista. Los muchachos tenían que descargar su agresividad de algún modo. De esa forma, quizá hasta podría evitarse la guerra. No obstante, con el tiempo se formó un poso de ira en su corazón y comenzó a pensar: «En cuanto crezca y sea tan grande como mi padre, os vais a enterar (cojones), me pienso liar a golpes de tal modo que los calmuco van a aullar como hienas, y a los ucranianos les daré con un leño», y cosas por el estilo...

Pasaron los años y Benno creció, pero el resto de los muchachos creció aún más. Mientras él crecía dos centímetros, los demás crecían tres. Crecía a un ritmo regular; exactamente un tercio menos que los demás. Con todo, hizo lo imposible: le pidió al cabo furriel raciones extra y al cirujano, píldoras amarillas. Cada tarde se tiraba una hora colgado de la barra fija del gimnasio, atado por las muñecas y con una pesa de treinta kilos en cada pie. Pero era en vano. Irremediablemente, crecía con más lentitud que el resto. «Más despacio, siempre más despacio —pen-

saba en sus ratos más esperanzados—, mi padre también creció así, pero durante más tiempo, hasta que pasó de largo a todos los demás. A lo mejor yo también...»

A los catorce años alcanzó el metro y medio de estatura y dejó de crecer por completo, mientras que los demás seguían creciendo. Mi abuelo perdió la paciencia y maldijo a su padre. Después le asaltaron las dudas de que su padre no fuera realmente su padre y él fuera bastardo, así que llegó el turno de maldecir a su madre por haber pecado con un retaco.

Mi abuelo dejó de sonreír a medida que las burlas de sus compañeros iban en aumento. Se fue llenando de un odio triste y, desalentado, comenzó a frecuentar los sábados la sinagoga de los soldados judíos en busca de consuelo. En la sinagoga no encontró consuelo alguno. Dios le parecía un gigantesco varego barbudo que desde su altura, inclemente y acusador, se burlaba de su pequeñez.

—Por todos los diablos, ¿qué miras tan fijamente?, fuiste tú quien me hizo así —se indignó mi abuelo. Y entonces los daguestaníes llegaron en su ayuda.

Se presentaron en la sinagoga el día de Año Nuevo, dejaron sus dagas georgianas en el vestíbulo, entraron muy serios en el santuario, se sentaron con la cabeza alta junto a la pared oriental y observaron el ritual religioso, que difería del caucásico. Mi abuelo se acercó a ellos y les entregó dos libros de oraciones. Miraron recelosos a los libros y a mi abuelo y, acto seguido, se sumaron a la recitación con sus voces ásperas. Todos los demás se quedaron callados y les miraron, menos mi abuelo, que comenzó a cantar con ellos. Tras aullar a todo pulmón durante una hora y media, se hicieron amigos, pero jamás volvieron a la sinagoga.

Los daguestaníes tomaron a mi abuelo bajo su protección. A dos ucranianos que lo habían dejado pateando para diversión de todos, colgado por los tirantes de un gancho que había en lo alto de un muro, les dieron una paliza. Amenazaron a los mongoles calmucos con cortarles las orejas si volvían a usarlo como cabalgadura y atemorizaron al resto de los que le mortificaban con terribles amenazas. Todos fueron dejando en paz a mi abuelo.

En señal de agradecimiento, el abuelo les leía pasajes de la Biblia. A los daguestaníes les gustaban las historias en las que los hijos de Israel barrían a los amonitas, edomitas, cananeos y demás. Aplaudían y llamaban «Kabir-Djigiti» a Josué, cosa que significaba «el Gran Jinete». De vez en cuando, los calmucos aguzaban el oído. Ellos también querían oír historias de caballería, así que, sin miramientos, el abuelo puso a cabalgar a la tropa bíblica de Josué al completo, haciendo que aquellos hebreos convertidos en hunos arrasaran la tierra de Canaán cual invencible avalancha, incendiando el país y haciendo desaparecer todo cuanto les saliera al paso. Los tártaros recordaban las historias que les habían contado sus padres sobre el gran imperio tártaro, que incluso había llegado a recaudar impuestos en Moscú, hasta que Iván el Terrible se puso realmente terrible.

A los ucranianos les interesaba la aventura del rey David con la esposa de Urías y las santas dispaciones del rey Salomón con sus cuatrocientas esposas, pero lo que de verdad les hizo suspirar de admiración fueron las experiencias de las hermanas Ahola y Aholiba con el tamaño de los miembros de los caballeros egipcios y asirios. El abuelo leía con atención, procurando no embe-

llecer la historia. Por aquel entonces, aún carecía de experiencia en aquellas lides. Uno de los ingrios se sabía de memoria la increíble historia de los pecados de los habitantes de Sodoma, y la contó a su modo. Recorrió todo un establo ingrio, del toro al cordero, después continuó por el gallinero y, una vez apañadas las gallinas, se sacó de la manga, para el asombro de la concurrencia, tres animales autóctonos: un camello, un ocelote y un tapir, de los que dio cuenta en un rincón de la cuadra.

La popularidad del abuelo Benno creció. Tenía una voz bonita, sabía entonar con firmeza y dramatismo. Los muchachos le pidieron que leyera en voz alta muchos otros libros. Les leyó *Infancia*, de Tolstói, *Padres e hijos*, de Turgénev, *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lérmonov, Goncharov, el *Zaratustra*, Marx y Homero. Entonces alguien le delató.

Le cayeron treinta días de arresto riguroso y veinte latigazos por leer en voz alta libros impíos y subversivos. Al regresar al barracón tras haber sufrido el castigo, los muchachos le aclamaron con vítores, le hicieron entrar y le ofrecieron un trago. Luego le pidieron que les leyera algo. Habían pasado todo el mes muy aburridos, sin escuchar otra cosa que historietas de mujeres y conciertos de pedos. El abuelo prometió que leería, pero ellos debían ayudarle. Había decidido volverse temerario; pequeño, pero peligroso.

Pidió a los daguestaníes que le enseñaran a gruñir y disparar. Los calmucos le enseñaron a cabalgar a pelo, los tártaros, a usar la espada, los ucranianos, a bailar, y los finlandeses, a echar maldiciones.

«Un hombre pequeño necesita un arma más larga», pensó el abuelo, y se fue a hablar con el cabo furriel.